

DOMINGO XIX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 18, 6-9): *Todos los santos serían solidarios.*

Salmo (32, 1 y 12.18-19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad».*

2ª lectura (Hebreos 11, 1-2.8-19): *La fe es seguridad de lo que no se ve.*

Evangelio (Lucas 12, 32-48): *Donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón.*

Desde hace un tiempo los cristianos notamos cierto malestar en nuestra relación con una sociedad que mira a la religión por encima del hombro y no termina de entender lo que quieren significar todo ese conjunto de palabras, gestos y símbolos que hacemos. No es extraño. Esa misma sensación tienen muchos cristianos, practicantes o no, que siguen creyendo pero sin comprender mucho de lo que decimos y celebramos.

Entre la racionalidad, el espíritu científico y la tecnología, la religión se ha quedado en un espacio poco claro, necesita encontrar una dimensión transversal que le permita estar presente con su gran sentido vital y lleno de esperanza.

Esto mismo les ocurría a los judíos de los tiempos de Jesús en su relación con la cultura helenista embarazada de escepticismo agnóstico aunque abierta, tolerante y plural, lo que le hacía seductora, presumida en la confrontación intercultural y segura de su superioridad intelectual.

Algunos creyentes, como el autor del libro de la Sabiduría, asumen la tarea de levantar el ánimo de su comunidad religiosa. Establecer puentes entre la religión antigua, llena de sentido vital, y la cultura nueva que centra su conocimiento en un instrumento muy poderoso, la razón, pero vacía de sentido vital y horizontes de esperanza, es la tarea que hoy llamamos unir fe y cultura, fe y ciencia, fe y razón, fe y mundo tecnológico. Lo que san Juan y san Pablo dirán sobre el logos, búsqueda de conocimiento y Dios como referencia existencial acorde con el contenido racional.

Recuerda otros tiempos anteriores en que ya han vivido esta misma experiencia en la relación con otras culturas como la egipcia o la babilónica. Entonces Dios los ayudó y les hizo ver la importancia de la experiencia religiosa en cualquier tipo de cultura. También ahora Dios ayuda y anima a establecer puentes de relación con un mundo que no termina de ver las ventajas que puede aportar a la existencia la relación con un Dios al que no vemos, pero cuya presencia cercana y misteriosa sentimos.

Vivamos, pues, entre las gentes, con la naturalidad que corresponde, sin complejos ni temores. Vivamos la fe, con fe. Vivámosla en público como signo de su actualidad y de su sentido comunitario. Expresemos la alegría y la suerte de poder vivir con ella. *«Estad contentos y despiertos»*, dice Jesús a sus discípulos en una situación similar. La fe hay que vivirla con los ojos y la sensibilidad bien abiertos, para presentarla y ofrecerla en el tiempo que nos toca vivir. Que nadie nos tache de anticuados.

El tesoro de la fe es para nosotros un regalo a la vez que una responsabilidad. Es una suerte que el Padre nos haya dado el Reino; *«¡no temáis!»*, dice Jesús. Pero a la vez no podemos hacer de este regalo una suerte de arbitrariedades o de manipulaciones interesadas para servirnos de él. *«¡Estad preparados! ¡Vigilad!»*. Nuestra fe vive de la tensión propia de los que saben que el futuro es de Dios.

El evangelio de Lucas nos lo recuerda con cierta frecuencia, porque es un evangelio donde la tensión propia de la historia se hace patente. Aunque disfrutemos del momento, de lo inmediato, nuestra propia vida se escribe en la historia de la salvación de la humanidad. De ahí que no podamos caer en la dejadez, en la irresponsabilidad, en la pereza. *«Estad vigilantes, porque no sabéis ni el día ni la hora»*. Contemplativos en esperanza, mirando adelante.

A veces nos sorprende el Evangelio con advertencias que parecen fuera de tiempo. Estamos en verano, en vacaciones. Los días son largos pero el Evangelio habla de la brevedad de la vida y del fin del tiempo. Quizá a sus discípulos, hombres de otro tiempo y otras costumbres, con otra psicología y mentalidad, les pareciera normal. Sin embargo, sus avisos son siempre saludables (también en nuestro tiempo). Van además envueltos en promesas de bienaventuranza: *«dichoso el criado al que su señor encuentre vigilando cuando vuelva»*. La vigilancia es virtud cristiana, la angustia no es virtud.

La vigilancia ante la llegada del Señor, inculcada por Jesús como virtud, es una cualidad del Adviento porque toda la vida humana es tiempo de preparación y tiene calidad de Adviento. El Señor viene y no sabemos cuándo. En actitud vigilante esperamos su llegada para que complete en nosotros lo que comenzó el día de nuestro bautismo.

Esta vigilancia no tiene por qué angustiar a nadie. Esta vigilancia es alegría ante la esperanza de la plenitud de vida. Jesús desea siervos vigilantes a quienes hacer sentar a su mesa cuando Él se cina para servirlos. Lo que aquí se nos anuncia no inspira miedo sino alegría completa.